



## Tema 19: "Mirad: ahora es tiempo favorable, es día de salvación"

"Arrepentíos y convertíos de vuestros delitos, y no caigáis en pecado. Quitaos de encima los delitos que habéis cometido. Estrenad un corazón nuevo y un espíritu nuevo. Así no moriréis, casa de Israel. Pues no quiero la muerte de nadie —oráculo del Señor—. ¡Arrepentíos, y viviréis!" (Ez 18)

### 1. ¿Qué es la Cuaresma?

"Es un tiempo de gracia, para acoger la mirada amorosa de Dios sobre nosotros y, sintiéndonos mirados así, cambiar de vida. La Cuaresma es el tiempo para (...) reconocer que nuestras pobres cenizas son amadas por Dios." (Papa Francisco)

Es un tiempo oportuno, de gracia, que la Iglesia nos regala para convertirnos a Dios, para volvernos a Él. Un tiempo favorable en el que el cielo se nos hace especialmente propicio. La Palabra de Dios nos espolea para que no seamos ni indolentes ni cobardes: "No echéis en saco roto la gracia de Dios" (2 Cor 5)

Se trata de un itinerario espiritual y litúrgico de cuarenta días que nos llevará al Triduo pascual, memoria de la Pasión, Muerte y Resurrección del Señor, corazón del misterio de nuestra salvación. Es un tiempo propicio para tomar una conciencia más viva del amor de Dios que nos salva por la redención de Cristo, y para vivir con más profundidad el propio Bautismo, reforzando nuestra fe, alimentándola con más abundancia en la Palabra de Dios.

Su origen data de la época apostólica: Ya en sus primeros siglos, la Iglesia vivía una etapa en el año en que los que habían oído y aceptado el mensaje de Cristo se preparaban con intensidad, paso a paso, haciendo un camino de fe y de conversión hasta llegar a recibir el sacramento del bautismo. Se trataba de una iniciación a la fe, realizada gradualmente, en la que los candidatos debían experimentar un cambio interior (una verdadera conversión) antes de ser incorporados a Cristo en la Iglesia (catecúmenos). Posteriormente, también los penitentes, y luego todos los fieles, fueron invitados a experimentar este camino de renovación espiritual, para conformar más la propia existencia a la de Cristo.

Así, muy pronto, el periodo que precedía a la Pascua empezó a vivirse como un tiempo de *metanoia*, es decir, de cambio interior, de arrepentimiento, tanto por los que se preparaban para el bautismo, como por pecadores alejados de la Iglesia que buscaban la reconciliación, como por los que vivían su fe pero experimentando las propias debilidades... A todos se invitaba a este intenso proceso de conversión.

### 2. El drama del hombre actual

Hoy es difícil entender la Cuaresma. La razón es clara: la conciencia de Dios está muy oscurecida. Y si el hombre pierde el sentido de Dios inmediatamente pierde el sentido del pecado: se oscurece también la conciencia de pecado.

Curiosamente la palabra pecado, que aparece prácticamente en todas las páginas de la Sagrada Escritura, está como desterrada del lenguaje moderno. "Los hombres, en los juicios de hoy, no son considerados pecadores. Son catalogados como sanos, enfermos, malos, buenos, fuertes, débiles, ricos, pobres, sabios, ignorantes; pero la palabra pecado no se encuentra jamás. ...Se ha perdido el concepto de pecado". (Pablo VI). "El mundo moderno ha perdido el sentido del pecado" (Pío XII).

Por tanto, si la Cuaresma llama a la conversión, y no hay conversión sin aborrecimiento del pecado, ¿cómo podremos vivir bien este tiempo especial?

"A lo sumo, el hombre reconoce que tiene fallos, debilidades, incorrecciones en su comportamiento... Pero esto no basta, porque el pecado es mucho más que eso: es dar la espalda a Dios y a su amor, y, por tanto, dejar de amar al prójimo como a sí mismo. El pecado es un acto deliberado mediante el cual nos oponemos al plan de Dios, a sus mandatos revelados en la alianza y, en último término, al mandamiento del amor dado por Cristo en la última cena. El pecado afecta de manera decisiva a la relación entre dos personas que están llamadas a amarse: Dios y el hombre, el hombre y su prójimo".

El drama del hombre se manifiesta así en toda su crudeza: por un lado, por el pecado da la espalda a Dios, pero por otro, no puede vivir sin Él. El deseo de conocer realmente a Dios, de ver su rostro, está grabado en todos los seres humanos, incluso en los ateos. Y este deseo sólo se "colma"

siguiendo a Cristo, que es el Dios vivo y verdadero que ha venido a nuestro encuentro. Por eso nuestra entera existencia, si queremos ser felices y plenos, debe orientarse al encuentro y al amor con Jesucristo.

«Es cierto que el mundo actual considera a Dios "irrelevante y superfluo", pero lo cierto es que "cuando Dios desaparece del horizonte de la persona, la humanidad pierde la orientación y va hacia la autodestrucción" (Benedicto XVI).

**Dar la espalda a Dios es una opción que tiene necesariamente consecuencias graves en nuestra vida, porque estamos hechos para Él:** "Nos hiciste, Señor para Ti, y nuestro corazón estará inquieto hasta que descanse en Ti" (San Agustín).

Estamos hechos para Dios, para vivir como hijos suyos, para ser santos. Escuchemos a la Madre Teresa de Calcuta:

«Sed santos, porque yo soy santo» (Lv 19,2). Todos sabemos que existe un Dios que nos ama, que nos ha creado. Podemos acudir a Él y pedirle: «Padre mío, ayúdame. Deseo ser santa, deseo ser buena, deseo amar. La santidad no es un lujo para unos pocos, ni está restringida sólo a algunas personas. Está hecha para ti, para mí y para todos. Es un sencillo deber, porque si aprendemos a amar, aprendemos a ser santos.

**El primer paso para ser santo, es deseárselo.** Jesús quiere que seamos tan santos como su Padre. La santidad consiste en hacer la voluntad de Dios con alegría. Las palabras «deseo ser santo» significan: quiero despojarme de todo lo que no sea Dios; quiero despojarme y vaciar mi corazón de cosas materiales. Quiero renunciar a mi voluntad, a mis inclinaciones, a mis caprichos, a mi inconstancia y ser un esclavo generoso de la voluntad de Dios. Con una total voluntad amaré a Dios, optaré por Él, correré hacia Él, llegaré a Él y lo poseeré. Pero todo depende de las palabras, «Quiero» o «No quiero». **He puesto toda mi energía en la palabra «Quiero».**

### 3. La urgencia de la conversión. ¡Es hora de volver a Dios!

Precisamente por esta necesidad vital de Dios, por este drama del hombre, San Juan Pablo II clamaba: "Permitidme gritar fuerte: ¡es hora de volver a Dios! A quien todavía no tiene la alegría de la fe se le pide la valentía de buscarla con confianza, perseverancia y disponibilidad. A quien ya tiene la gracia de poseerla se le pide que la aprecie como el tesoro más valioso de su existencia, viviéndola profundamente y testimoniándola con pasión.

Nuestro mundo tiene sed de una fe profunda y auténtica, porque sólo Dios puede satisfacer plenamente las aspiraciones del corazón humano. Es necesario volver a Dios, reconocer y respetar sus derechos. Pidamos a la Santísima Virgen esta conciencia renovada. Ella quiere ponernos en guardia ante los peligros que se ciernen sobre la humanidad, y nos pide que respondamos a la fuerza oscura del mal con las armas pacíficas de la oración, el ayuno y la caridad.

Pues bien, este "volvernos a Dios" es la esencia de la **CONVERSIÓN**, que es la primera palabra del Evangelio, la palabra permanente, la palabra central y definitiva: "Convertíos y creed en el Evangelio".

Cuando Dios nos llama a la conversión, parte siempre del amor que nos tiene: un amor de Padre, semejante y superior al de una madre; un amor de amigo y enamorado, de novio y esposo; un amor que ha tenido su expresión más plena y suprema en la entrega de Jesucristo en la muerte y resurrección. Si no comprendemos estos presupuestos, jamás entenderemos el pecado como una ruptura de la relación con Dios que nos deja en la soledad más radical, en la oscuridad de una vida sin amor. Convertirse es retornar al Dios que nos ama y nos nos perdona, es caer de nuevo en los brazos del Padre pródigo en misericordia. Convertirse es abrirnos al perdón de Dios, que desea restablecer la alianza con nosotros. Por eso, debemos sentirnos pecadores y reconocer que nuestro corazón es de piedra y no de carne cuando nos negamos a amarle, cuando le ofendemos, ignoramos o despreciamos.

**¡No demoremos más la conversión!** San Agustín, que vivió con especial dramatismo y radicalidad su proceso de conversión, nos exhorta desde su propia experiencia a no retrasarla. A los paganos que daban largas a su conversión les decía:

"Si ya lo has pensado, si ya lo tienes decidido, ¿a qué esperar? Hoy es el día, ahora mismo; no dejes para mañana lo que puedas hacer hoy. Dejarlo

para luego es exponerse a dar marcha atrás; no todos los días estás decidido, no a toda hora estás preparado para este paso". Y seguía: "Si ahora no te animas, ¿por qué dices y crees que lo harás algún día? No estás tan seguro, te costará más que hoy; quizás no tengas ya deseos del cambio; las fuerzas contrarias volverán a la carga. ¿Por qué dices que alguna vez lo harás?, ¿tendrás oportunidad?, ¿seguirás con vida mañana?, ¿te dará Dios la gracia de la conversión? Teme a Cristo que pasa y no vuelve".

Al demonio le encanta ilusionar a la gente y engañarla con la conversión de mañana; a Dios le gustan las cosas hoy y ahora: **Hoy es el día de la conversión. "Si escucháis HOY su voz, no endurezcáis el corazón"**.

#### 4. El combate cristiano. Los enemigos y las armas de la luz

Pero ¿cómo librar la batalla de la santidad? ¿cómo hacer para convertirnos a Dios?: "Las armas con las que luchamos no son humanas, sino divinas, y tienen poder para destruir fortalezas, derribando sofismas y toda clase de altanería que se levante contra el conocimiento de Dios, y dispuestos a someter todo pensamiento a la obediencia a Cristo" (2 Cor 10,4-5)

Dice el Papa Francisco: «La vida cristiana es un "combate" contra el demonio, el mundo y las pasiones de la carne. Es una lucha bellísima, porque cuando el Señor vence en cada paso de nuestra vida, nos da una alegría, una felicidad grande: la alegría de la victoria del Señor en nosotros. Es el gozo de la gratuidad de su salvación.

S. Pablo, en la Carta a los Efesios, habla de la vida cristiana con un lenguaje militar: "Revestíos con la armadura de Dios". No se puede pensar en una vida espiritual, en una vida cristiana, sin revestirse de esta armadura divina que nos da fuerza y nos defiende. Todos somos un poco perezosos para esta lucha, y nos solemos dejar llevar por las pasiones, por algunas tentaciones... Y es que todos somos pecadores... Pero no se desalienten. Ánimo, valentía y fortaleza, porque el Señor está con nosotros».

#### ¿Cuáles son nuestros enemigos?

"Nuestra lucha no es contra adversario de carne y hueso, sino contra los espíritus del mal" (Ef. 6, 12)

- El "mundo" es una mentalidad, una manera de pensar y de vivir que puede contaminar incluso a la Iglesia, y de hecho la contamina, y por tanto exige constante vigilancia y purificación.

Hay un mundo que no debemos amar, es el mundo tal y como ha pasado a ser bajo el dominio de Satanás y del pecado. El mundo de las ideologías que niegan la naturaleza humana y destruyen la familia, y quiere imponer una nueva ética mundial... Fuerzas que se han convertido hoy en un poder abrumador gracias a las posibilidades ilimitadas de la tecnología. Hoy, en muchos países occidentales, negarse a someterse a esas terribles ideologías constituye un delito. Eso es lo que llamamos la adaptación al espíritu de los tiempos, el conformismo.

Comentaba en una entrevista Benedicto XVI que hace cien años "todo el mundo habría considerado absurdo hablar de un matrimonio homosexual. Hoy en día, se está excomulgando de la sociedad a quien se opone a ello". Y otro tanto puede decirse del "aborto o de la creación de seres humanos en el laboratorio".

T. S. Eliot, escribió tres versos que dicen más que libros enteros: "En un mundo de fugitivos, el que tome la dirección contraria pasará por desertor".

- La carne como enemigo del alma es la concupiscencia, esa herida interior que nos dejó el pecado original, que nos inclina al mal y nos dificulta hacer el bien. La tradición cristiana la ha expresado en los siete pecados capitales (soberbia, avaricia, envidia, lujuria, ira, pereza y gula). Son, en definitiva, nuestras pasiones desordenadas, fruto del pecado original. San Pablo habla de este enemigo cuando escribe: "tengo una ley del pecado dentro de mí, por la cual hago muchas veces el mal que no quiero, y no hago el bien que quiero".

- Y el demonio, el más astuto de los tres. Tienta (inducción al mal, sirviéndose de los dos enemigos anteriores, de los que él se sirve como satélites). No debemos minimizarlo, y mucho menos ignorarlo o negarlo.

"El demonio es un ser vivo, no algo imaginario, espiritual, pervertido y pervertidor, enemigo oculto que siembra errores e infortunios, insidiador sofisticado del equilibrio humano (pone imágenes borrosas y movilizadas en el alma como una televisión de mala pantalla), pérfido y astuto encantador, tentador por excelencia, nos engaña con alevosa astucia" (San Pablo VI).

La Cuaresma nos recuerda que la vida cristiana es un combate sin pausa, en el que se deben usar las «armas» de la oración, el ayuno y la

penitencia. Combatir contra el mal, contra cualquier forma de egoísmo y de odio, y morir a sí mismos para vivir en Dios es el itinerario ascético que todos los discípulos de Jesús están llamados a recorrer con humildad y paciencia, con generosidad y perseverancia.

El Catecismo nos dice: «La Escritura y los Padres insisten sobre todo en tres formas: el ayuno, la oración y la limosna, que expresan la conversión con relación a sí mismo, con relación a Dios y con relación a los demás». Estas tres formas de alguna manera compendian y comprenden todas las demás.

El Ayuno no es sólo renuncia moderada en los alimentos, sino también otras renunciaciones para no dar gusto al cuerpo para poder dedicarnos mejor a Dios y a hacer el bien a los demás. Renunciemos a noticias, a espectáculos, a las redes sociales, al uso incontrolado del teléfono móvil.

La Oración, cuyas expresiones y formas son muy amplias. En esta Cuaresma podemos cuidar especialmente, además de la contemplación y meditación diaria, el examen del amor por la noche, la adoración eucarística, y los retiros o ejercicios espirituales. Y por supuesto, la devoción a la Virgen con el rezo del Santo Rosario.

La Limosna no es sólo dar dinero u otros bienes materiales a los necesitados, sino también compartir el propio tiempo, cuidar a los enfermos, perdonar a los que nos han ofendido, corregir al que lo necesita para rectificar, dar consuelo a quien sufre, etc

#### 5. Cristo desierto, nuestro modelo

Jesús en el desierto durante cuarenta días es nuestro gran modelo para vivir este santo tiempo. En Él tenemos que poner nuestros ojos y el corazón especialmente estos días. Nos da fuerzas.

Reflexionemos sobre esto: Dice el Evangelio que Jesús, a impulso del Espíritu, se encamina al desierto. Lleva con Él a la Iglesia toda. Nosotros, llenos también del Espíritu Santo, debemos buscar, como por instinto, el desierto de la oración, la soledad de Dios. Fatigados por el continuo ajetreo de la vida, añoramos la paz silenciosa de la plegaria íntima. Nos dejamos arrastrar por el Espíritu para acompañar estos días a Jesús-desierto.

La soledad espanta al hombre esclavizado por sus pasiones. Para él, el ruido es atmósfera indispensable para ahogar la voz de su conciencia. El silencio le resulta insoportable. Ignora que la soledad no es vacío, sino plenitud. No es desierto, sino oasis.

En los cuarenta días y cuarenta noches, nada comió. Penitencia, austeridad. Estuvo en el desierto entre las fieras. Sintió hambre, dice el Evangelio. Y todo pensando en mí. Preveía mis pocas fuerzas, se daba cuenta de que el mundo me envuelve con su sabiduría, enemiga de Dios, necesidad a sus ojos. Quería merecerme un suplemento de fuerza divina, de gracia, para ser cristiano y portador de la cruz. La oración-desierto-y la penitencia-ayuno, nos dan la clave de la victoria que va a obtener Jesús sobre Satanás. Demuestran que sólo el bautizado que se arma continuamente de ellas, que se reviste de extraordinaria austeridad y rebosa profundísima oración puede triunfar del enemigo en todos los frentes.

Era tentado por Satanás. Esto es, quizá, lo más misterioso y conmovedor del Evangelio. Misterioso: la santidad de Jesús se deja tentar por Satanás. Conmovedor: hasta ahí quiere hacerse semejante a nosotros... Sabía que los cristianos serían rabiosamente atacados por el enemigo en todos los flancos. Se compadeció de sus sufrimientos y luchas. Quiso precederlos con el ejemplo, llevar sobre Él todos los ataques que contra ellos desataría el adversario.

Las tentaciones no fueron tres. Se multiplicaron las embestidas furiosas a lo largo de la cuarentena. Era tentado, te dice el Evangelio, imperfecto que denota permanencia de la acción a lo largo del tiempo. Era tentado, sufría. Para que yo no me extrañe de padecer tentaciones, persecuciones...

Evangelio misterioso. Es el prólogo de la historia de Jesús, de la historia de su Iglesia y de las almas, de mi propia vida en la tierra. El combate sostenido por Cristo y todos los cristianos, estrechamente aliados con las almas contemplativas, verdadera retaguardia orante, no es contra enemigos de carne y sangre, sino contra principados y potestades del mundo de las tinieblas, contra los espíritus del mal. Es Satanás, que trata de desviar a Jesús del camino trazado por el Padre: un reino de pobreza y humildad, una redención por y en la cruz. Quiere inducirle a un mesianismo carnal, mundano: dinero, vanidad, dominación universal. Y todo ello bajo la tapadera de la mayor gloria de Dios, citando frases de la Sagrada Escritura.



## 19. EJERCICIO DE ORACIÓN PARA ESTA SEMANA

### En Cristo fuimos tentados y en Él vencimos al diablo (S. Agustín)

Nuestra composición de lugar para la oración en esta Cuaresma debe ser **esconderme con Jesús en el desierto**. La Iglesia vive escondida en el desierto hasta el retorno de Cristo, que pondrá fin al poder de Satanás (Ap 6,14). **Nada tengo que temer viviendo en Cristo por la fe**. Él se dejó tentar para ser en todo semejante a sus hermanos, Pontífice compasivo y fiel, que puede dar la mano a los que son tentados (Hb 2,17).

Sé que «Cristo fue tentado para que el cristiano no fuese vencido; para que, siendo Él vencedor, también nosotros fuésemos vencedores» (San Agustín).

«Sé que el demonio no engañará al alma que en ninguna cosa se fía de sí y está fortalecida en la fe» (Santa Teresa).

**En Él y con Él, mi vida en la tierra será victoria sobre el enemigo**. Vivo yo; mas no soy yo, es Cristo quien vive en mí (Gal 2,20). Si yo estoy incorporado a Él por la vida divina, ya no lucho yo, es Él quien lucha en mí. Cuando el enemigo ataca, es mi Cabeza, Jesús, quien me defiende y vence.

Súplica a la Virgen: —"Madre: a tu lado, quiero contemplar de cerca a Jesús-desierto, y enamorarme de Él". Reza también cada día esta bella oración:

**Poderosísima y buenísima Madre nuestra: Concédenos el milagro que te pedimos. El milagro que más te agrada dispensar. Queremos ardientemente entrar en el camino de la santidad. Santidad sencilla y alegre como la tuya, sin acciones brillantes; que se sepa ocultar siempre sin llamar la atención nunca.**

**Danos un corazón que desaparezca con energía y constancia en las monótonas obligaciones de cada día, que acepte con amor los sufrimientos pequeños o grandes, pasajeros o persistentes. Un corazón limpio de egoísmo, sin sombra de vanidad, sin nieblas de sentimentalismo, tierno y apasionado para amarte sin medida, incansable y viril para conquistarte almas. Un corazón amante sin exigir retorno, gozoso de desaparecer en otro corazón, que no se cierre ante la ingratitud, ni se canse ante la indiferencia. Un corazón que no olvide ningún bien, ni guarde rencor por ningún mal. Un corazón puro que inunde el mundo de Luz, de Amor, de Vida. Así sea.**



*Dios mío, escucha mi clamor, atiende a mi súplica.* ¿Quién es el que habla? Parece que sea uno solo. Pero veamos si es uno solo: *Te invoco desde todos los confines de la tierra con el corazón abatido*. Por lo tanto, si invoca desde todos los confines de la tierra, no es uno solo y, sin embargo, es uno solo, porque **Cristo es uno solo y todos nosotros somos sus miembros**. ¿Y quién es ese único hombre que clama «desde todos los confines de la tierra»? Los que invocan «desde todos los confines de la tierra» son los llamados a aquella herencia, a propósito de la cual se dijo al mismo Hijo: *Pídemelo: te daré en herencia las naciones, en posesión los confines de la tierra. De manera que quien clama «desde todos los confines de la tierra» es el cuerpo de Cristo, la heredad de Cristo, la única Iglesia de Cristo, esta unidad que formamos todos nosotros.*

Y ¿qué es lo que pide? Lo que he dicho antes: *Dios mío, escucha mi clamor, atiende a mi súplica. Te invoco desde todos los confines de la tierra*. O sea: «Esto que pido, lo pido desde todos los confines de la tierra», es decir, desde todas partes.

Pero ¿por qué ha invocado así? Porque *tenía el corazón abatido*. Con ello da a entender que el Señor se halla presente en todos los pueblos y en los hombres del orbe entero, con gran gloria, ciertamente, pero también rodeado de graves tentaciones.

Pues nuestra vida en medio de esta peregrinación no puede estar sin tentaciones, ya **que nuestro progreso se realiza precisamente a través de la tentación, y nadie se conoce a sí mismo si no es tentado**, ni puede ser coronado si no ha vencido, ni vencer si no ha combatido, ni combatir si carece de enemigo y de tentaciones.

Éste que invoca desde los confines de la tierra **está angustiado, pero no se encuentra abandonado**. Porque a nosotros mismos, esto es, a su cuerpo, quiso prefigurarnos también en aquel cuerpo suyo en el que ya murió, resucitó y ascendió al cielo, a fin de que sus miembros no desesperen de llegar adonde su cabeza les precedió.

De forma que nos incluyó en sí mismo cuando quiso verse tentado por Satanás. Nos acaban de leer que Jesucristo **nuestro Señor se dejó tentar por el demonio**. ¡Nada menos que Cristo tentado por el demonio! Pero **en Cristo estabas siendo tentado tú**, porque Cristo tenía de ti la carne, y de él procedía para ti la salvación; de ti procedía la muerte para él, y de él para ti la vida; de ti para él los ultrajes, y de él para ti los honores; en definitiva, de ti para él la tentación, y de él para ti la victoria.

**Si hemos sido tentados en él, también en él vencemos al demonio. ¿Te fijas en que Cristo fue tentado, y no te fijas en que venció?** Reconóctete a ti mismo tentado en él, y reconóctete también vencedor en él. **Podía haber evitado el demonio; pero si no hubiese sido tentado, no te habría aleccionado para la victoria cuando tú fueras tentado.**

### ¿Qué es convertirse? (Benedicto XVI)

1. ¿Qué es en realidad convertirse? **Convertirse quiere decir buscar a Dios, caminar con Dios, seguir dócilmente las enseñanzas de su Hijo, de Jesucristo**; convertirse no es un esfuerzo para autorrealizarse, porque el ser humano no es el arquitecto de su propio destino eterno. Nosotros no nos hemos hecho a nosotros mismos. Por ello, la autorrealización es una contradicción y, además, para nosotros es demasiado poco.

Tenemos un destino más alto. Podríamos decir que la conversión consiste precisamente en no considerarse "creadores" de sí mismos, descubriendo de este modo la verdad, porque no somos autores de nosotros mismos.

La conversión consiste en **aceptar libremente y con amor que dependemos totalmente de Dios**, nuestro verdadero Creador; que dependemos del amor. En realidad, no se trata de dependencia, sino de **libertad**. Por tanto, convertirse significa no buscar el éxito personal —que



### Lectura del santo Evangelio según san Lucas 4,1-13:

En aquel tiempo, Jesús, lleno del Espíritu Santo, volvió del Jordán y durante cuarenta días, el Espíritu lo fue llevando por el desierto, mientras era tentado por el diablo.

Todo aquel tiempo estuvo sin comer, y al final sintió hambre.

Entonces el diablo le dijo: "Si eres Hijo de Dios, dile a esta piedra que se convierta en pan."

Jesús le contestó: "Está escrito: No sólo de pan vive el hombre".

Después, llevándole a lo alto, el diablo le mostró en un instante todos los reinos del mundo y le dijo: "Te daré el poder y la gloria de todo eso, porque a mí me lo han dado, y yo lo doy a quien quiero. Si tú te arrodillas delante de mí, todo será tuyo."

Jesús le contestó: "Está escrito: Al Señor, tu Dios, adorarás y a él solo darás culto".

Entonces lo llevó a Jerusalén y lo puso en el alero del templo y le dijo: Si eres Hijo de Dios, tírate de aquí abajo, porque está escrito: "Encargaré a los ángeles que cuiden de ti", y también: "Te sostendrán en sus manos, para que tu pie no tropiece con las piedras".

Jesús le contestó: Está mandado: "No tentarás al Señor, tu Dios".

Completadas las tentaciones, el demonio se marchó hasta otra ocasión.

es algo efímero—, sino, abandonando toda seguridad humana, seguir con sencillez y confianza al Señor a fin de que Jesús sea para cada uno, como solía repetir Santa Teresa de Calcuta, **"mi todo en todo"**. Quien se deja conquistar por Él no tiene miedo de perder su vida, porque en la cruz Él nos amó y se entregó por nosotros. Y precisamente, perdiendo por amor nuestra vida, la volvemos a encontrar.

**2. La conversión no se realiza nunca de una vez para siempre, sino que es un proceso, un camino interior de toda nuestra vida.** Ciertamente, este itinerario de conversión evangélica no puede limitarse a un período particular del año: es un camino de cada día, que debe abrazar toda la existencia, todos los días de nuestra vida.

**"Toda la vida del cristiano fervoroso -dice San Agustín- es un santo deseo"**. Si esto es así, en Cuaresma se nos invita con mayor fuerza a arrancar "de nuestros deseos las raíces de la vanidad" para educar el corazón a desear, es decir, a amar a Dios. **"Dios -dice también S. Agustín-, es todo lo que deseamos"**. Ojalá que comencemos realmente a desear a Dios, para desear así la verdadera vida, el amor mismo y la verdad.

Es muy oportuna la exhortación de Jesús, que refiere el evangelista San Marcos: **"Convertíos y creed en el Evangelio"** (Mc 1, 15). El deseo sincero de Dios nos lleva a evitar el mal y a hacer el bien.

Esta conversión del corazón es ante todo un **don gratuito de Dios**, que nos ha creado para sí y en Jesucristo nos ha redimido: nuestra verdadera felicidad consiste en permanecer en Él (cf. Jn 15, 4). Por este motivo, Él mismo previene con su gracia nuestro deseo y acompaña nuestros esfuerzos de conversión.

### Combate y vigilancia (Papa Francisco)

**La vida cristiana es un combate permanente.** Se requieren fuerza y valentía para resistir las tentaciones del diablo y anunciar el Evangelio. Esta lucha es muy bella, porque nos permite celebrar cada vez que el Señor vence en nuestra vida.

**El combate y la vigilancia.** No se trata solo de un combate contra el mundo y la mentalidad mundana, que nos engaña, nos atonta y nos vuelve mediocres sin compromiso y sin gozo. Tampoco se reduce a una lucha contra la propia fragilidad y las propias inclinaciones (cada uno tiene la suya: la pereza, la lujuria, la envidia, los celos, y demás). Es también una lucha constante contra el diablo, que es el príncipe del mal. **Jesús mismo festeja nuestras victorias.** Se alegraba cuando sus discípulos lograban avanzar en el anuncio del Evangelio, superando la oposición del Maligno, y celebraba: *«Estaba viendo a Satanás caer del cielo como un rayo»*

No aceptaremos la existencia del diablo si nos empeñamos en mirar la vida solo con criterios empíricos y sin sentido sobrenatural. Precisamente, la convicción de que este poder maligno está entre nosotros es lo que nos permite entender por qué a veces el mal tiene tanta fuerza destructiva. Es verdad que los autores bíblicos tenían un bagaje conceptual limitado para expresar algunas realidades y que en tiempos de Jesús se podía confundir, por ejemplo, una epilepsia con la posesión del demonio. Sin embargo, eso no debe llevarnos a simplificar tanto la realidad diciendo que todos los casos narrados en los evangelios eran enfermedades psíquicas y que en definitiva el demonio no existe o no actúa. Su presencia está en la primera página de las Escrituras, que acaban con la victoria de Dios sobre el demonio. De hecho, cuando **Jesús nos dejó el Padre nuestro quiso que termináramos pidiendo al Padre que nos libere del Malo.** La expresión utilizada allí no se refiere al mal en abstracto y su traducción más precisa es «el Malo». Indica un ser personal que nos acosa. Jesús nos enseñó a pedir cotidianamente esa liberación para que su poder no nos domine.

Entonces, no pensemos que es un mito, una representación, un símbolo, una figura o una idea. Ese engaño nos lleva a bajar los brazos, a descuidarnos y a quedar más expuestos. Él no necesita poseernos. **Nos envenena con el odio, con la tristeza, con la envidia, con los vicios.** Y así, mientras nosotros bajamos la guardia, él aprovecha para destruir nuestra vida, nuestras familias y nuestras comunidades, porque *«como león rugiente, ronda buscando a quien devorar»* (1 P 5,8).

La Palabra de Dios nos invita claramente a *«afrontar las asechanzas del diablo»* (Ef 6,11) y a detener *«las flechas incendiarias del maligno»* (Ef 6,16). No son palabras románticas, porque **nuestro camino hacia la santidad**

**es también una lucha constante.** Quien no quiera reconocerlo se verá expuesto al fracaso o a la mediocridad. Para el combate tenemos las armas poderosas que el Señor nos da: la fe que se expresa en la oración, la meditación de la Palabra de Dios, la celebración de la Misa, la adoración eucarística, la reconciliación sacramental, las obras de caridad, la vida comunitaria, el empeño misionero. Si nos descuidamos nos seducirán fácilmente las falsas promesas del mal, porque, como decía el santo cura Brochero, *«¿qué importa que Lucifer os prometa liberar y aun os arroje al seno de todos sus bienes, si son bienes engañosos, si son bienes envenenados?»*.

En este camino, el desarrollo de lo bueno, la maduración espiritual y el crecimiento del amor son el mejor contrapeso ante el mal. Nadie resiste si opta por quedarse en un punto muerto, si se conforma con poco, si deja de soñar con ofrecerle al Señor una entrega más bella. Menos aún si cae en un espíritu de derrota, porque **«el que comienza sin confiar perdió de antemano la mitad de la batalla y entierra sus talentos.** El triunfo cristiano es siempre una cruz, pero una cruz que al mismo tiempo es bandera de victoria, que se lleva con una ternura combativa ante los embates del mal».

### Las armas del cristiano (Benedicto XVI)

La Cuaresma es una peregrinación personal y comunitaria de conversión y renovación espiritual. Según la antiquísima tradición romana de las «estaciones» cuaresmales, durante este tiempo los fieles, juntamente con los peregrinos, cada día se reúnen y hacen una parada —*statio*— en una de las muchas «memorias» de los mártires, que constituyen los cimientos de la Iglesia de Roma. En las basílicas, donde se exponen sus reliquias, se celebra la Santa Misa precedida por una procesión, durante la cual se cantan las letanías de los santos. Así se recuerda a los que con su sangre dieron testimonio de Cristo, y su evocación impulsa a cada cristiano a renovar su adhesión al Evangelio. A pesar del paso de los siglos, estos ritos conservan su valor, porque recuerdan cuán importante es, también en nuestros tiempos, acoger sin componendas las palabras de Jesús: *«El que quiera venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día y sígame»* (Lc 9, 23).

Otro rito simbólico, gesto propio y exclusivo del primer día de Cuaresma, es la **imposición de la ceniza**. ¿Cuál es su significado más hondo? Ciertamente, no se trata de un mero ritualismo, sino de algo más profundo, que toca nuestro corazón. Nos ayuda a comprender la actualidad de la advertencia del profeta Joel, una advertencia que conserva también para nosotros su validez saludable: a los gestos exteriores debe corresponder siempre la sinceridad del alma y la coherencia de las obras.

En efecto, ¿de qué sirve -se pregunta el autor inspirado- rasgar se las vestiduras, si el corazón sigue lejos del Señor, es decir, del bien y de la justicia? Lo que cuenta, en realidad, es **volver a Dios, con un corazón sinceramente arrepentido, para obtener su misericordia.** Un corazón nuevo y un espíritu nuevo es lo que pedimos en el Salmo penitencial por excelencia, el *Miserere*, que hoy cantamos con el estribillo *«Misericordia, Señor: hemos pecado»*. El verdadero creyente, consciente de que es pecador, aspira con todo su ser -espíritu, alma y cuerpo- al perdón divino, como a una nueva creación, capaz de devolverle la alegría y la esperanza.

Otro aspecto de la espiritualidad cuaresmal es el que podríamos llamar **«agonístico»**, y se refleja en las oraciones de la liturgia, donde se habla de «armas» de la penitencia y de «combate» contra las fuerzas del mal. **Cada día, pero especialmente en Cuaresma, el cristiano debe librar un combate**, como el que Cristo libró en el desierto de Judá, donde durante cuarenta días fue tentado por el diablo, y luego en Getsemaní, cuando rechazó la última tentación, aceptando hasta el fondo la voluntad del Padre.

**Se trata de un combate espiritual, que se libra contra el pecado y, en último término, contra Satanás.** Es un combate que implica a toda la persona y exige una atenta y constante vigilancia. San Agustín afirma que quien quiere caminar en el amor de Dios y en su misericordia no puede contentarse con evitar los pecados graves y mortales, sino que *«hace la verdad reconociendo también los pecados que se consideran menos graves (...) y va a la luz realizando obras dignas. También los pecados menos graves, si nos descuidamos, proliferan y producen la muerte»*.